

Mis  
libros

Disney  
PRINCESAS  
ORÍGENES

# El plan secreto de MULÁN



8-10



Disney  
PRINCESAS  
ORÍGENES



El plan secreto de  
MULÁN

ESCRITO POR TESSA ROEHL

ILUSTRACIONES DE  
DENISE SHIMABUKURO

LIBROS Disney

© 2020 Disney Enterprises, Inc.  
Todos los derechos reservados  
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Primera edición: marzo de 2020  
ISBN: 978-84-17062-22-4  
Depósito legal: B. 2.552-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Capítulo 1

## Un poco de emoción

**E**l primer día de colegio, Mulán se levantó antes de que saliera el sol. Lo cierto es que Mulán siempre se levantaba antes del amanecer, para que le diera tiempo de completar sus tareas antes de desayunar. Pero esta mañana era diferente. Hoy estaba llena de energía, impaciente por superar cualquier reto que se le pusiera por delante. No solo quería terminar sus tareas antes de que amaneciera, en una especie de carrera contra el sol, sino que

estaba determinada a ser más rápida y acabar antes de que sus rayos iluminaran el cielo.

Mulán dio de comer a Hermanito, que ladró contento.

—Luego tendré un montón de cosas que contarte —le dijo a su perrito.

En el gallinero, Mulán esparció por el suelo la comida para las gallinas, mientras soñaba con lo que le depararía el día. ¿Aprendería hoy



matemáticas?, ¿redacción? También recogió los huevos. «Uno, dos, tres...», contaba mientras las gallinas salían en busca de su desayuno. Colocó los huevos con cuidado entre sus brazos y corrió hacia la casa, cruzando el puente luna sobre el estanque.

Mulán saltó sobre las últimas piedras del jardín y subió corriendo los escalones que conducían a la cocina. Casi tropieza con Hermanito y uno de los huevos salió volando de entre sus brazos, pero en un rápido movimiento se agachó y lo atrapó al vuelo con la mano izquierda antes de que se estrellara contra el suelo.

Mulán alzó la vista. Su madre estaba sirviendo el té a la Abuela Fa, que estaba sentada a la mesa. Las dos se rieron al ver a Mulán.



—¿Es que quieres arruinar el desayuno de una anciana, Mulán?

—le preguntó la Abuela Fa.

La madre de Mulán dejó la tetera sobre la mesa y tomó los huevos con más cuidado del que había tenido la pequeña.

—No, abuela. Todavía no he roto ningún huevo, ¿a que no? —dijo sentándose con ella a la mesa.

—A veces me pregunto cómo es eso posible —añadió su madre, sacudiendo la cabeza mientras preparaba el desayuno.

—Me reto a mí misma —dijo Mulán con una sonrisa. —Padre siempre dice que debe-

mos retornos a nosotros mismos. Así es cómo se aprende.

—Si tu padre estuviera aquí, añadiría que retarse a uno mismo no es solo saltar por encima de estanques y verjas —replicó su madre.

—¡Y hacer malabares con nuestro desayuno! —añadió la Abuela Fa con una sonrisa.

—Pero padre está siempre en la guerra, y hace más de un mes que no tenemos noticias tuyas —comentó Mulán con cierta tristeza.

—Puede que tu padre no esté sentado a esta mesa, pero su honor siempre está aquí. De un modo u otro, todas sus lecciones enseñan que hay que honrarse a uno mismo y honrar a tu familia —dijo la abuela.

Mulán siempre quería honrar a su valiente padre. Más animada, dijo:

—Quizá ir hoy al colegio me ayudará a entender mejor las lecciones de padre. Y aprenderé muchas más cosas para enseñárselo cuando vuelva.

La Abuela Fa y la madre de Mulán intercambiaron una mirada. Todas se sentaron a desayunar y hubo un momento de silencio.

—Mulán —dijo su madre al fin. La niña levantó la vista de su desayuno. —Recuerda que puede que esta escuela no sea el tipo de escuela que esperas. Aprenderás muchas cosas, cosas importantes. Pero no será lo mismo que aprendió tu padre en su día. No es como el colegio de los chicos. Y las clases solo duran seis semanas.

Mulán lo sabía. Su madre y su abuela se lo venían advirtiendo desde el momento en que

le dijeron que iría a clase con las demás niñas del pueblo.

—Lo sé, madre —dijo Mulán. —Pero aun así, puedo estar emocionada, ¿no?

—Claro que sí —le contestó su madre estrechándole la mano con cariño.

La abuela le guiñó el ojo:

—Un poco de emoción nunca viene mal, te lo digo yo.

\* \* \*

Después de desayunar, la madre y la abuela de Mulán la acompañaron hasta el pueblo. Como era una villa pequeña, Mulán conocía a casi toda la gente, pero no a todo el mundo. Pasaba mucho tiempo en casa con su familia y ocupada con sus tareas, así que no iba al pueblo todos los días.

Cuando tenía la oportunidad de salir, le encantaba descubrir cómo era el mundo más allá de las paredes de su casa. Había puestos de pescado fresco que traían en carros de la ciudad vecina. Las señoras paseaban con sus cestas cuando salían a hacer la compra. Pero lo más emocionante era ver el pequeño desfile de estudiantes entrando a clase en la escuela del pueblo. Hoy, para variar, Mulán estaba centrada en lo que ella iba a aprender cuando entrara en la escuela en vez de pensar en lo que estarían aprendiendo los chicos.

Pero, para su sorpresa, su madre y su abuela pasaron de largo de la escuela y siguieron cruzando el pueblo hasta una casa, en cuya verja se detuvieron. Mulán conocía aquella casa. Allí vivía Mei, una niña solo un año mayor



que Mulán. Era una de las casas más grandes del pueblo, aunque Mulán nunca había estado en su interior.

Mulán miró a su madre con una expresión de desconcierto.

—Ya te lo dije, Mulán. Es una escuela diferente —le dijo su madre.

—Pero... —Mulán miró atrás, hacia la escuela, y vio cómo los últimos niños entraban por la puerta.

La Abuela Fa acarició la espalda de Mulán para tranquilizarla.

—Aquí aprenderás mucho.

Mulán respiró hondo y asintió. ¿Qué importaba dónde estudiara? Iba a aprender. Aquí.

Entonces vio algo que le dio una alegría. Su amiga Na venía por el camino con su madre.

Mulán la saludó con la mano de lejos. Ya se sentía mucho mejor al saber que iba a tener una amiga. Mientras la madre de Na saludaba a la madre y la abuela de Mulán, de repente la pequeña ya no podía esperar más para entrar en la casa.

—¿Lista? —preguntó Mulán a Na.

—¡Si tú lo estás! —contestó Na.

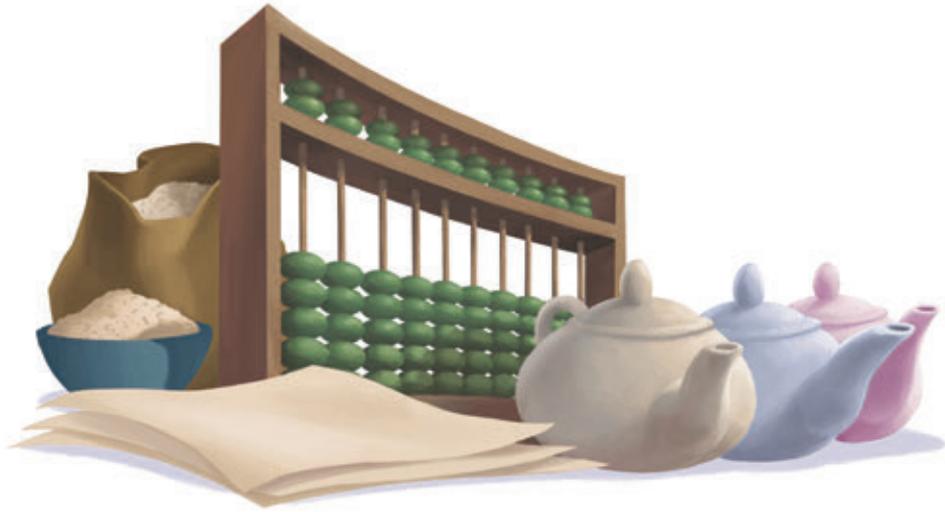
Abrieron la verja y entraron al patio de la casa de Mei. Era más grande que el patio de la casa de Mulán, aunque también tenía un templo, un estanque, un puente luna y, al fondo, la casa de la familia.

Condujeron a las niñas al interior de la casa principal, a una gran sala. Sentadas en el suelo sobre esterillas tejidas estaban Mei y otra niña de su edad llamada Chen. Mulán también vio

a otras dos niñas que no conocía mucho, Ying y Jin. Sin embargo, la maestra aún no había llegado.

Mulán se volvió hacia la puerta. Las sonrisas de su madre y su abuela le transmitían ánimos. Mulán sintió por primera vez un pequeño nudo de nervios en la garganta, pero quería ser valiente. Les dijo adiós con la mano y se marcharon con la madre de Na. Las seis niñas se quedaron solas.

Ya sentada al lado de Na, Mulán examinó bien la estancia por primera vez. Las niñas estaban enfrente de una mesa con una serie de objetos encima. Había unas teteras y una bolsa de arroz junto a un pequeño cuenco de arroz cocido. Había también varias hojas de papel, que Mulán estaba deseando tocar. Nunca ha-



bía tenido la oportunidad de aprender a escribir. Cerró los ojos e imaginó qué se sentiría al dejar fluir la tinta sobre el papel. Cuando los abrió de nuevo, vio otra cosa sobre la mesa que todavía le aceleró más el corazón.

—¡Mira, Na! ¡Un ábaco! —Cuando su padre estaba en casa, a Mulán le encantaba verle deslizar bolas por aquel artilugio que usaba para resolver problemas matemáticos.

—¡Oh! —suspiró Na. —¡Aprenderemos matemáticas!

—Estoy impaciente —dijo Mulán con una sonrisa. —¿Y has visto el papel? ¡Seguro que también aprenderemos a escribir!

—¿Y para qué tipo de lección crees que servirán las teteras? —preguntó Na.

Mulán iba a sugerir que quizá las teteras y el arroz eran para el almuerzo cuando notó una suave brisa en la nuca. Una mujer entró en la estancia. Tenía la cara empolvada de color blanco, y los labios pintados de rojo brillante, fruncidos con fuerza. Llevaba el cabello recogido bien alto y tenía los brazos cruzados dentro de las mangas de su vestido, de modo que las manos quedaban escondidas. El murmullo de agitación se silenció en cuanto la mujer ocupó

su lugar detrás de la mesa, enfrente de las niñas. Su figura era ligera, pero tenía una mirada de acero que hizo pensar a Mulán que aquella mujer sería una buena pareja para cualquiera de los guerreros más fuertes del pueblo. Cuando abrió la boca para hablar, lo que dijo no fue lo que Mulán esperaba.

—Buenos días, niñas. Soy vuestra casamentera.